

Bernardo Ruiz

VALS SIN FIN

“Pensaba en Renata, en el deseo de Renata, como si su presencia alejara de él tantos malos espíritus que merodeaban desde el jardín hasta la alacena. Renata era una palabra en aquel momento; ni siquiera correspondía el sonido de cada una de las letras en esta sucesión: R/e/n/a/t/a a la suavidad del cabello castaño o a la blancura dorada de la piel o a la posición de los dientes en la boca —un poco desenfilados los incisivos inferiores, tan perfectos y grandes los superiores, porque odiaba los dientes pequeños o las encías voluminosas—, o a la comisura de la sonrisa o a la presión de la mano en su mano. Esos paraísos quedaban clausurados para él desde antes que conociera la palabra Renata. Por eso era absurdo evocar de ese modo a una mujer. Más que un nombre, era la mujer la que le importaba: los tonos de voz que lo conmovían, la presencia en momentos difíciles, el placer de una caminata al atardecer, la tenue vibración de la piel en el amor.

Porque con Renata alcanzaba, se decía, a penetrar en cada uno de los misterios del mundo; alcanzaba también a comprender la naturaleza. Hasta llegó a pensar que había amado a muchas mujeres en ella: una especie de compendio de todas las mujeres que él hubiera querido amar. Y, sobre todo, le permitía escapar de las meditaciones que lo asediaban confusas al fondo de cada pensamiento. Porque en verdad, sentía a veces, creía demasiadas veces, que su mejor enemigo era él mismo.

Renata únicamente estaba con él, para salvarlo, dos o tres tardes a la semana como una loca para sentirse útil, para condenar los males de la patria, para salvar al país —en la medida del 1.63 m y sus 54 kgs— de los turbios manejos de todos los hijos de mala madre que pervertían y lesionaban los intereses nacionales.

Y hoy era domingo, decreto de Dios, y mañana sería lunes, pero las fechas en el calendario no importaban; los días oyendo música o componiéndola, canción tras canción (ay cómo le hubiera gustado se un compositor serio) u hojeado cada uno de los libros de pintura, de los que alguna vez tendría miles.

Tal era su vicio secreto. Tenía amigos que alcanzaban los 600 o 700 ejemplares de revistas pornográficas, capaces de volverse locos por una modelo del *Cosmopolitan* a la que jamás conocerían. El prefería ser más sutil, destinarse a la desesperación, estar condenado al desconsuelo. (La última frase le gustó, le buscó tres acordes, los silbó, era un buen principio para un tema.) Debía reconocer que él amaba a la Venus de Boticelli o a Flora o a esa joven de perfil tan elegante del *Baño turco*. Pero todas ellas pertenecían al polvo desde antes que él naciera. Duro oficio el amasiato platónico y Renata lejos. Renata con su cuerpo de Niké, de hija de Samos, de diosa (aunque la palabra sonara tan extraña).

Contempló algunas fotografías de Renata. Le gustaba muchísimo la que tenía junto al librero. Ella está distraída, con el pelo mojado: de pronto —consciente de la cámara—, alza un poco la ceja y mira casi de reojo, con una actitud que es rencor, que es sorpresa. Hay deseo en la mirada. Todo lo que no es Renata aparece borroso, desenfocado; así la fotografía posee una atmósfera de sueño alrededor de cada objeto que la circunda. El retrato expresa con claridad el desprecio de Renata hacia el mundo, ese que Emilio jamás ha conseguido explicarse, que tanto le maravilla de Renata. Y sin saber por qué relaciona la historia de esa fotografía con la de un soldado que llega a una ciudad y para sobrevivir vende piezas de barro: Una hermosa mujer se acerca a él, elogia su arte y le pide trabajo para ella, rica terrateniente. Acepta y va con ella. La mujer es dulcísima. Habita en una residencia en las afueras de la ciudad y está rodeada de callados sirvientes. Así contada, la historia parece occidental, pero se refiere a un cuento japonés de hace muchos años. Emilio no podría situarla en el tiempo. De improviso, recuerda que es una película y se desconcierta: ha sustituido las imágenes de un pueblo japonés del siglo XV por una ciudad inglesa del XVIII. La mujer atiende al soldado como a un dios.

Enamorados viven una felicidad inexpressable durante algún tiempo hasta que el recuerdo de su familia empaña la felicidad del soldado. Pide a la señora permiso para averiguar qué es de ellos. La mujer se lo concede. El soldado baja al pueblo y oye que un demonio se apareció en la comarca. Teme por su dama y regresa a la casa donde su mujer le aguardaría: la mansión es una ruina, no hay nadie ahí, en años no ha habido nadie. Asustado, va con un sacerdote. El sacerdote se niega a absolverlo hasta que no vuelva con su legítima mujer. Va con ésta; la encuentra agonizante, pensando en él, dispuesta a perdonarlo.

Emilio se imagina viviendo la existencia de ese soldado y se molesta, no porque le inspire miedo o le atemorice cohabitar con un demonio sino porque le provoca un escalofrío imaginar cada una de las pérdidas amorosas. Aunque no alcanza a comprender con exactitud por qué un hombre actúa así: avistando sólo el presente, a la mujer que en ese momento es su mujer, sin relacionar su historia, su vida, la cadena de sensaciones, ideas o impresiones que obligan a un hombre a amar y relacionar a una mujer con los demás actos de su vida, con su pasado; en fin, con el devenir.

Tal vez una oscura creencia respecto al destino obligaba a Emilio a aceptar que los acontecimientos y los actos de la vida de un hombre pudieran darse así. En último grado: sin conciencia. Porque, al menos, pensó, todo acto, en ese orden, es irreflexivo, animal. Y cualquier explicación es ulterior: Siempre la fotografía de Renata junto al librero le hacía pensar cosas así. Otras veces soñaba alguna historia y la re-

lacionaba con un objeto, parte de lo cotidiano. Si no aparecía ese objeto después en la vigilia no era posible recuperar ese sueño. Sin embargo, como en una historia que hubiera leído años atrás, él era capaz de recuperar algunos sueños, en momentos de lucidez tras el amor. En esos lapsos, las imágenes volvían a él con una claridad angustiante, porque eran más vívidas aún que las de la vigilia, como si se encontrara bajo los efectos de una droga.

Muchas de aquellas experiencias se las debía a Renata, que era la única capaz de comprender o de callar cuando expresaba sus impresiones, cuando en algún momento de depresión, de esterilidad creativa, se sentía capaz de eludir por más tiempo el interior de su alma; y sin más pretexto que una cerveza, un golpe de viento o un crepúsculo compartido, invitaba a Renata a penetrar en las profundidades de la geografía de su mente. Porque el amor con Renata, más que el encuentro de la carne, era el descubrimiento de la conciencia y de estados de ánimo de otra manera inaccesibles: algo así como la beatitud y la dicha (porque quién sabe qué es la felicidad). Emilio comprendía entonces porqué los narcómanos llamaban *viaje* a esas experiencias, cuando debía descender a oscuros abismos donde se encontraba de golpe con sus pasiones, con sus vicios. Se avergonzaba de sus debilidades o de sus temores, a los que encontraba absurdos (por ejemplo, temía que su memoria transformara su pasado; un



estremecimiento lo horrorizaba cuando se daba cuenta de que en vez de encontrarse con Renata en un hotel de Acapulco, para vivir juntos un fin de semana, ella pudiera equivocar el hotel y debía sufrir, imaginariamente, el infierno de no encontrarla durante varios días. O citarla para comer en un restaurante y equivocar el nombre. O simplemente la esquinaba).

Pero después pasaba a valles y sotos y bosquecillos donde se escondían recuerdos agradables. Tomados de la mano paseaban por edificios y ciudades de extraña fábrica que nada tenían que ver con las imágenes de sus sueños, pero eran tan hermosos y complejos como las formas del sueño. Corrientes de ideas y sensaciones como suaves vientos envolvían a los amantes en un pausado monólogo que terminaba en un beso, en el amor, en alguna cena en el restaurante favorito de Renata, o en la callada audición de un disco.

Estas confesiones tranquilizaban a Emilio durante varios meses. Se encerraba a estudiar, a trabajar; escribía una ópera con las memorias imaginarias de las visiones de un sacerdote maya, invención que mucho distraía a Renata cuando se hartaba de los deportes de la TV o no encontraban comedia interesante en el teatro.

En general, se convencía Emilio, Renata era para él como esos mosaicos bizantinos o romanos en los que la piedra de colores, vista de cerca, no es sino una bella piedra de colores, que vista de lejos es parte de un fragmento sorprendente de ricos detalles. De este modo; cada actitud, cada gesto de Renata, era como una nota; parte de una canción o de una sinfonía y —en conjunto— la fascinación de una música de la que es imposible hartarse; porque consideraba que esos acordes, que tales colores, eran una vibración, eran el mundo.

Por todos los medios, Emilio quería aprender detalles de la actividad, de las relaciones, de los trabajos de Renata. Sin embargo, no entendía bien cuál era el papel *exacto* de una antropóloga.

A Renata no le molestaba esta incompreensión de su oficio y jugaba con Emilio dosificando cada uno de los datos que pudieran dar una idea clara de su trabajo, de su vida. Emilio le aconsejaba que mejor pusiera una boutique, que administrara un negocio de juguetes o una galería, ya que tanto le gustaba el arte. Pero para qué perdía su tiempo averiguando cosas sobre pueblos polvorientos, llenos de muertos de hambre, que acabarían por morir cualquier día de estos para ser más oficio de historiadores que de sociólogos y antropólogos. Renata se reía de Emilio y de las ideas de Emilio y solamente le contestaba que ya llegaría la hora de cambiar de opinión, de ver friamente las cosas.

Pero mientras eso ocurría, Emilio pasaba el fin de semana sin Renata, que andaba en Tuzamapam o en algún infierno por el estilo entrevistando gentes, pidiéndoles a los médicos datos para sus investigaciones, revolviendo archivos parroquiales, profanando tumbas y admirando artesanías. “Y pensar que cree que para hacer eso se necesita un título”, se consolaba Emilio. Claro que hubiera podido ir con ella; ella lo invitó, pero el comentario de los lomos de mula y de los lodazales (como si eso fuera la gran aventura, habiendo helicópteros) no lo convencieron de que necesitaba sol y aire puro.

Ahora pagaba el precio de la soltería. Un domingo de sol, sin ganas de ver a nadie, pero extrañando a Renata, la única persona capaz de entender la somnolencia de una tarde de domingo. Aunque Juan, su mejor amigo, le reclamaba siempre que debería darle vergüenza vivir siempre como si fuera

domingo. Que si la comida, que si la copa, que si la cena. Que si la frivolidad. Pero Juan le perdonaba todo esto. En primer término, por ser su administrador; en segundo, por ser su amigo. O podían variar, si se quería, el orden de los factores, pero tanto Renata como Juan lo veían siempre como a alguien que aún debe crecer definitivamente. Mas él estaba cansado.

Vio el jardín, la extensa superficie del pasto, corto y verde, los cuatro grandes sauces dando sombra al extremo poniente del jardín y los macizos de flores alrededor de la barda. Intuyó que hacía falta algo así como un niño jugando en el césped y quiso ser ese niño. Se dio cuenta de que era tarde. Pensó también que le gustaría tener además de un hijo que se llamara Emilio, dos niñas: una que se llamara Irlanda o Isabel y otra que se llamara Mariana o Himilce, que eran los nombres más eufónicos que conocía. Después de eso, podría morir en paz.

Casi había terminado las memorias operísticas del sacerdote de los cuatro soles. Había sembrado uno de los sauces que se veían al fondo del jardín. Había veces en que quería pedirle a Renata que se olvidara de todo y que se casara con él y que vivieran una felicidad de cuentos de hadas.

Sin embargo, estaba seguro de la respuesta y su sentido negativo y prefería no arriesgarse; no le gustaba perder y en este caso no quería perder. Renata alguna vez había asegurado que antes de casarse quería una serie de cosas y que luego se dedicaría a él. Emilio hasta le había comentado un poco irónico que si ella quería él podría encargarse del cuidado de la casa mientras Renata iba a trabajar, pero el comentario no le hizo mucha gracia a la joven. La forma en que Renata contraatacó fue muy elegante. Le escribió una historia que le gustó mucho, a pesar de que el mensaje no le quedó muy claro. (Ahora que caía en la cuenta, Emilio intuyó que toda su vida era la historia de alguien a quien le habían contado muchas historias, y que él nada más se había dado tiempo para escribir una.) La historia en cuestión se la mandó Renata desde una isla por Baja California, y contaba el domingo de un muchacho de no muchos recursos, pero con dinero suficiente para ir al cine a ver una película morbosa.

De algún modo, Renata sugería que la película no era morbosa, sino que Emilio, el protagonista de su cuento, la pensaba así porque su manera de relacionarse con las personas era bien distinto al de las gentes en general; porque estaba solo desde siempre, aunque hubiera estado rodeado de gentes desde el principio de su vida.

Curiosamente, para este Emilio la salida del cine era como nacer: caía en la cuenta de su soledad y de que no había nada interesante en su vida fuera de su trabajo en una agencia de bienes raíces.

A este Emilio le daban ganas de llorar porque todo era como si en esos momentos se abriera para él el mundo; la gente tenía sentido como personas, como individuos. Y este Emilio gozaba de su nueva existencia.

Al entrar a cenar en una cafetería le sonreía una muchacha y él se enamoraba de ella. Y se sentaba con ella y empezaba a platicar. Y este Emilio no veía más allá de ella. Y hasta lo acompañó al metro. Allí ella le dio su teléfono y él la invitó a salir el sábado siguiente. Y este Emilio regresó feliz a su casa, porque en esa sola tarde toda la existencia cobraba dirección y significado, tenía algún valor. Pero este Emilio no sabía que esta muchacha pensaba que él era un tipo insípido y no tenía ganas de salir nunca con él ni de volver a pensar en él.

Y el verdadero Emilio, el amante de Renata, se daba cuenta de que ideas así eran las que a veces lo sumían en una de las más hondas tristezas. Aceptaba las condiciones de Renata; pero a veces le dolía esa sinceridad sin concesiones. Aunque amaba ese dolor que lo acompañaba como único consuelo. Mas no había otro remedio.

Renata no era una máquina programable ni un estuche de bolitas de la lotería. Era una línea claramente trazada entre la ética y el placer, la justicia y la propia conveniencia, la verdad y la constancia. Valores que otros pudieran haber olvidado o considerado que más bien no valían tanto la pena. En fin, frente a Renata no se recordaban actitudes morales o discursos en pro de la areté; se estaba ante una respuesta clarísima a preguntas titubeantes o confusas. Y Emilio en esto se daba cuenta de que no era más que un formulador de preguntas que tartamudeaba siempre. Y hasta llegó a aceptar con gusto estas rarezas de amantes como una parte del juego de luz y sombras que dan profundidad a cualquier objeto.

Lo tranquilizaba saber que Renata le correspondía. Y quizá hasta amaba alguno de sus defectos: sus desórdenes habitacionales, su desidia para conservar en buen estado algunos objetos. Defectos todos ellos que estrechaban la relación entre uno y otro, porque Renata necesitaba de ellos para hacerse imprescindible a Emilio, que demostraba su valor matando insectos o quitando de la vista de la joven una ratonera con algún animalito muerto o manteniéndose inmovible ante la visión de un hombre herido o muerto. Ambos se sentían útiles y gustaban demostrárselo entre ellos sólo para subrayar el cariño que les unía.

Atrás de todos estos actos, Emilio se sabía en desventaja. No necesitaba ser muy brillante para que su intuición le señalara que él dependía más de Renata que Renata de él. Pensó en la única noche de su vida en que habían bailado. Cenaban en un restaurante cuando la orquesta tocó el *Vals sin fin* y Renata tomó a Emilio de la mano, lo jaló hacia ella con suavidad. El sólo se dejó llevar, como arrullado por los tibios brazos de un remolino que lo envolviera amorosamente. Y no supo de sí hasta que la música —regresaba como negándose a desaparecer— terminó abruptamente y quedaron los dos mirándose, congelados en la posición del último ademán.

Renata lo miraba radiante. Emilio extrañado, con una nostalgia desesperada por el cuerpo que lo acababa de abandonar, que apenas lo sostenía ahora con las yemas de los dedos, tuvo miedo. Comprendió entonces qué era el vacío, la nada original, la soledad. Se sintió como la creación, la obra maestra de Renata.

Y ahora Renata descansaba de él porque era domingo. Porque estaba lejos. Le faltaban pocos acordes para terminar las *Memorias de Rakal*, se dijo. Quería que en un último conjuro el sacerdote, un gran mago, después de explicar los sucesivos orígenes y muertes del universo, se fundiera en la esencia de los dioses o se convirtiera en un dios. Pero hasta ese momento le había dado miedo terminar la historia, porque pensaba que muchas tardes podían quedar vacías para él y Renata.

Oscuramente se dijo que más tarde escribiría un verdadero poema sinfónico, como hubieran hecho alguna vez Smetana o Monteverdi. Ahora únicamente podía quitarse las angustias que lo detenían en la realización de su obra. Un último miedo, apenas perceptible, lo inundó. Ella, en cualquier momento, iba a dejar de soñar, de pensarlo; en fin, de escribirlo.